

Revelaciones heréticas

Apenas nacida, Lucía fue abandonada en las puertas céntricas de un oscuro orfelinato de la Ciudad Ónica, sitio amargo que abandonó a sus nueve años de edad para servir a una beata solterona, la misma que, contando con la asesoría y complicidad de un cagatintas rapaz, había manipulado las fementidas leyes de protección a los menores hasta obtener fraudulentamente la custodia de la desdichada niña.

Desde aquel infeliz día, azuzada por los mortificantes golpes de su patrona, cual amedrentada bestezuela de carga, lavaba, cocinaba, echaba bacines, fregaba pisos y hacia los mandados sin distinguir domingos ni feriados. La pequeña desvalida trabajaba diecisiete horas cotidianas, sin descanso ni derecho alguno, sin remuneración ni escuela y sin que las autoridades estatales la defendiesen de tan infamante abuso. Cerca a la medianoche, semejando a un animalito agonizante, cobijaba su atormentado cuerpecito en algún rincón mugriento de la cocina. Pese a su insoprible cansancio, antes de dormir, generosamente compartía con un asustadizo ratoncillo unas cuantas migajas de su exigua ración diaria de pan duro.

La avara y acuadulada beata, además de explotarle inmiseridormente, también intentó abonar la incipiente fe cristiana de Lucía con el estéril colmo negro y nauseabundo: la hipocresía. A fuerza de pellizcos y coscorrones le enseñó el Padre Nuestro, el Credo, el Ave María y otros rezos. De esta forma Lucía, en vez de ejercer su derecho a retozar como cualquier niño, permaneció de hinojos tardes inacabables frente a una capilla alborrada de imágenes sagradas que impavidas parecían desoir sus afligidos y silentes clamores. Clericos crepusculos, cuando el dolor de sus rodillas y el silencio del Todopoderoso y sus apóstoles se hacían insopportables, la inocente niña se reconfortaba a si misma, diciendo: "Seguramente Díos y sus discípulos no pueden verme ni oírme desde el distante cielo, debido a los espesos nubarrones y a sus importantes ocupaciones".

Prontamente, uno de esos marillizantes atardeceres, Lucía se atrevió a inquirir en voz alta, así: ¿No se equivocó Dios al enviar a su único hijo a morir en la cruz por gentes que persisten en la maldad y el pecado?... Como siempre, el Hacedor y sus santos le dieron por respuesta un silencio glacial, y la mujerona le acalló hincándole salvajemente sus puntiagudas uñas. Sin embargo, ni el mutismo del Altísimo ni la brutal agresión de la beata pudieron evitar que, antes de pernoctar ese mismo día, se planteara mentalmente otra incertidumbre: ¿No sería que todos esos policonusos mártires ante los que se postraba aquella vieja alimaña de altares, eran también malignos y falsos?... La duda estremeció el alma de Lucía y, consecuentemente, su resignación y sumisión de esclava empezaron a disiparse de a poco.

A partir de entonces, le fue repugnante atender las cínicas peroratas de la beata acerca del "amor al prójimo y la caridad", cuando de sus huesudas manos recibía por caricias, palos e injurias, y por allimento, minucias y desperdicios. Con el transcurrir de las farsaicas jornadas de elecionamiento crisiánico, la corcovada espiritual de la solterona le resultó más irritante que un ajo; empero, contuvo en su lengua a la ira y dejó que sangrante volara su naciente conciencia de niña angustiada.

Para la festividad de los Ch'utillos de ese año, Lucía se enteró mediante la tradición oral que San Bartolomé había encerrado a Lucifer en una tenebrosa cueva situada en el cañadón de La Puerta, distante a escasos kilómetros de la ciudad de Potosí; inmediatamente revivió que, también a ella, la beata le castigaba por cualquier nimiedad recluyéndole en un tétrico subterráneo del antiguo caserón que habitaban. Desde esa ocasión, la desventurada niña nunca más tuvo miedo del demoniaco cornudo, todo lo contrario, le guardó una gran simpatía y commiseración por juzgarle un compañero de parecidos infortunios.

Así transcurrieron las horas, los días y los meses y, llegó la Navidad. El inmueble colonial de la beata, ornamentado con luces multicolores, se atestó de sus parientes consanguíneos y de algunos miembros de su cofradía, todos ellos ávidos de heredar su cuantiosa fortuna mediante la adul-

ción y el servilismo. En la sala, la noche del 24 de diciembre, el Nacimiento estuvo engalanado con tulles, encajes, llicllas y policromos y aromáticos vegetales nativos; asimismo, el Niño Manuelito, rodeado de María, de José el carpintero y los Tres Reyes Magos, ostentaba una infinitud de antiguos y nuevos juguetes guarnecidos por un precioso zoológico en miniatura, en el que se destacaban gallos, bueyes, asnos, corderos, camélidos y un pícaro ateo.

En el comedor, la magnífica mesa, ataviada con un mantel de lino primorosamente bordado, y adornada con floreros de cristal de roca y candelabros de plata labrada, estaba colmada de humeantes y apetitosas picanas reglamente escoltadas por espumosas champañas francesas, además de mistelas, vinos, singanis e incontables licores sureños. También circulaban profusamente pasteles, galletas, tortas, confites y buñuelos con miel de caña, mientras las graciosas armonías de los huachiques y villancicos, matizadas por los rítmicos sonidos de las pajariñas y las chunchunas, hacían danzar con alborozo a la concurrencia alrededor del mítico pesebre. Entre tanto, Lucía, con la cabeza rápida y con su mandil blanco hecho jirones, cumplía un sinfín de quehaceres bajo la atenta y feroz mirada de aquella beata de abolengo sonoro.

A las doce de la medianoche resonaron cohetes y petardos y, jóvenes, niños y ancianos estallaron en abrazos, besos y buenos deseos, para luego abrir sus espléndidos regalos, dízque traidos desde el norte por el gringo e intruso Papá Noel, quien habría descendido como un simio barbillento de un extraño árbol de Navidad; más... nadie se acordó de la pobre y desamparada Lucía. Ni siquiera en esos instantes de acrecentamiento espiritual hubo una persona que le diese un abrazo fraternal, o un dulce que mitigara la hiel de su destino avaro, o un mendrugo que revitalizara su delicado y esmirriado ser. Con los ojos anegados de lágrimas, e ignorada por todos, la atribulada criatura se dirigió a la cocina y recogió tierna y amorosamente a su medroso ratoncillo; acto seguido, titirando de frío y ungida en llanto se encaminó a la calle para nunca más volver. Afuera llovía tenue como si el cielo indolente hubiese aprendido a llorar.

Eran las 23:00 horas del Día de Inocentes en la plaza Alonso de Mendoza en la urbe paceña, y junto al gentío y los vendedores minoristas, deambulaban por doquier mendigos, prostíbulas, borrachos y forajidos. En este teatro de mil tragedias y horrores, una niña huérfana junto a otros arrapiezos, disolvía su cerebro y sus pesares inhalando clefa. Aquella niña andrajosa y marginal era Lucía, angelito hambriento de pan, de Díos y Justicia. En ese momento, el Gato que translataba por aquel infiusto lugar, sintió engranarse en su pecho a la tristeza y discernió que, para combatir a la injusticia y la miseria, había que rebelarse prontamente contra los usurpadores de los bienes del cielo y de la tierra.

Posteriormente, desde una de las esquinas, impotente y desprovisto de fe, el Gato elevó sus ojos al firmamento constatando una vez más que Dios no estaba y, antes de marcharse librado a los azares de su destino, cerró los párpados humedecidos con la vana ilusión de estar soñando las visiones dantescas de aquel purgatorio andino.



José Franz Medrano Solares (el Gato), es abogado, músico y escritor. Email: medrano_soler@yahoo.com

